

Enviarme con mi tío Pascual fue una decisión que no me hizo ninguna gracia. Pero mis padres lo tuvieron claro: si había suspendido once asignaturas necesitaba conocer el trabajo duro y espabilar. Así que, qué mejor que mandarme al campo, sin teléfono móvil ni Internet, a pasar el verano con mi tío el pastor, el ermitaño, el malhumorado.

Pascual era el hermano mayor de mi madre, catorce años más que ella tenía. Fue el único de los seis hermanos que se quedó en el campo para cuidar de mis abuelos y hacerse cargo de la casa familiar, de las tierras y del rebaño de ovejas. Los demás, a diferencia del primogénito, emigraron a la ciudad y se casaron.

Llegué al pueblo en guagua y caminé hasta la vieja casa de mis abuelos. Mi tío me recibió con un gruñido. Mordisqueaba una ramita apoyado en el quicio de la puerta, con un perro garafiano tumbado a sus pies. Me miró de arriba abajo antes de dejarme franquear la entrada. Luego, con un gesto elocuente, me invitó a entrar. «Tu habitación está al fondo. Yo solo te voy a decir las cosas una vez: mantén tu cuarto y el baño limpios y la casa en orden. Aquí se cena pronto y nos acostamos temprano. Al alba empieza el trabajo».

Un ruido procedente de la cocina me despertó. Los primeros rayos de sol de la incipiente alborada se encaramaban sobre las montañas del horizonte. Frotándome los ojos legañosos avancé dando tumbos por el pasillo hasta alcanzar a mi tío en la cocina. Estaba terminando de preparar unos bocadillos. El perro correteaba a su alrededor, mirando con reverencia a su amo, esperando que le diera algo de jamón. Mientras mi tío me reconvenía por haberme despertado tarde y me urgía a estar listo en un par de minutos, bebí un vaso de leche de cabra recién ordeñada y hervida. Antes de volver a mi habitación a vestirme, lo vi meter en el zurrón, junto a los bocadillos, un libro forrado con papel de periódico sobre el que había escrito con rotulador: «Historia de las ovejas».

Aquel primer día de pastoreo me resultó extenuante. Me dolían las piernas de caminar, los ojos a causa del sol y la espalda de cargar con la bolsa que me había preparado mi tío. Por fortuna, Aguayro, el perro pastor, hacía casi todo el trabajo. Nosotros solo teníamos que avanzar despacio tras el rebaño. Mi tío daba alguna voz de vez en cuando y el perro parecía comprender perfectamente sus indicaciones. A la hora de comer nos sentamos a la sombra de un laurel de indias. Se me había puesto dolor de cabeza. El sueño, el ejercicio, la luz intensa, los colores del campo, los aromas de los arbustos, el balido constante del rebaño, como un coro de plañideras, todo me resultaba nuevo y turbador. Comimos en silencio y, al terminar, me recosté. Las ovejas pacían tranquilamente, vigiladas en todo momento por Aguayro. «Duerme un rato;

cuando vayamos a partir, te aviso», me dijo mi tío Pascual al mismo tiempo que sacaba el libro de su zurrón.

Entramos en casa cuando el sol se precipitaba hacia el horizonte. Solo podía pensar en darme una ducha, cenar e irme a la cama. Mi tío no puso reparos. Él prepararía la cena mientras me aseaba. Al salir del cuarto de baño, lo encontré colocando el libro que había estado leyendo en una estantería del comedor. Descubrí que había cientos de libros allí. Todos estaban forrados con papel de periódico. Me acerque empujado por la curiosidad. Ladeé un poco la cabeza para poder leer los títulos escritos a mano en trazos gruesos: Agricultura y ganadería de las islas Afortunadas, Fauna y flora canaria, Economía agrícola, Historia de las islas Canarias, Gastronomía rural, Los perros autóctonos y otros nombres parecidos e igual de sorprendentes completaban aquella curiosa colección. Mi tío me descubrió leyendo en susurros aquellos rótulos y con un gruñido similar al que usaba con Aguayro me arrancó de mi entretenimiento, ordenándome que pusiera la mesa. Después de cenar y recoger la cocina, arrastré los pies hasta la cama y me sumergí en un sueño tan profundo como reparador.

Así pasaron las jornadas y las semanas. Mi tío Pascual, mi tío el pastor, mi tío el solterón, aquel pariente desconocido y solitario me arrastraba cada día al campo como si fuera una oveja más, solo que, con el paso de los días, los gruñidos se fueron transformando en palabras y las palabras en frases y, poco a poco, construimos una comunicación que me reveló a una persona totalmente desconocida para el resto de la familia. Mi tío era un hombre culto, sensato, inteligente y reflexivo. Además, descubrí que tras su apariencia hosca, palpitaba el corazón de un hombre muy sensible. Conocía a cada una de las ovejas. Su nombre, su historia, su carácter. Las cuidaba y mimaba como si fueran sus hijas. Y al que más quería era al perro. Aguayro era como un hijo para él. Observar y aprender de mi tío devino un curioso placer. Era un lector voraz. Cada día se sumergía algunas horas en aquellos extraños libros forrados con papel de periódico durante las inacabables jornadas en el campo. A lo largo del verano, el cartero le trajo cuatro o cinco paquetes con nuevas lecturas. También resultó ser muy celoso de su intimidad. Me advirtió que nunca abriera su correo, de modo que me cuidé bien de dejarlo sobre la mesa cuando por casualidad lo recogí yo. Me sorprendió que se llevara aquellos paquetes a su habitación y forrara los libros a solas antes de colocarlos en la estantería.

Cuando acabó el verano, regresé a la ciudad para volver al instituto. Alguna especie de deseo por cambiar se había apoderado de mí, puesto que con el ejemplo de la tenacidad de mi tío en mente descubrí que el día tenía suficientes horas para estudiar y descansar. De modo que mis notas empezaron a mejorar para alegría de mis padres. De vez en cuando recibía una carta de mi tío y yo también le escribía. Se alegraba de que me fueran mejor los estudios e incluso me propuso volver al campo el verano siguiente. Sin embargo, no pudo ser.

Un día, mi madre vino a buscarme a clase con el gesto descompuesto. «Han llamado

del pueblo. Tu tío Pascual ha muerto». Llegamos a su casa aquella misma tarde. Cuando Aguayro me olfateó salió corriendo hacia mí. El perro lloraba y las ovejas balaban en una suerte de lamento colectivo. Había sido un infarto rápido y letal, como él habría querido. Pasamos los siguientes días allí. Mi madre tenía que hacer mucho papeleo con sus hermanos y había que cuidar la casa y el ganado. De esto último me encargué yo. En cierta manera, asumí el papel del hijo que nunca tuvo mi tío.

Una mañana llamaron a la puerta; era el cartero, traía un paquete para mi tío. Debían de ser más libros, los últimos que pidió, libros que ya nunca podría leer. Me debatí durante un instante sobre lo que debía hacer: abrir el paquete o dejarlo sobre la mesa en un absurdo deseo de que fuera mi tío Pascual quien se hiciera cargo de aquellos libros. Entonces pensé que le gustaría que los forrase con papel de periódico, como él hacía. Abrí el paquete. Seguramente sería un tostón sobre ovejas y algún nuevo estudio sobre la economía del sector primario; más libros tediosos como los que solía leer con tanto interés. Sin embargo, al extraer los volúmenes del sobre, casi se me caen al suelo. Me encontré con dos novelas y un ensayo de temática homosexual. No cabía la menor duda. Las portadas resultaban evidentes. Empujado por una fuerza superior a mí, me acerqué a la estantería, cogí al azar uno de los libros forrados, cuyo título aludía a la gastronomía en la isla, y lo abrí. Pasé algunas páginas y deslicé mis ojos sobre un párrafo. La novela hablaba de una historia de amor entre dos hombres en el lejano Oeste. Tomé otro libro y luego un tercero. Después otro más, y otro, y otro y otro. Todos los libros que leía mi tío protegidos por papel de periódico y por un título ficticio eran novelas y ensayos de temática gay. De repente lo entendí todo: comprendí su soledad, su carácter huraño y reservado. Imaginé el miedo y la presión social que debió de soportar a mi edad e interpreté sus libros como la única posibilidad que encontró de vivir las vidas y los amores que no tuvo oportunidad de gozar en la realidad. Conocí a mi tío Pascual aquella mañana, supe de sus miedos y me prometí, en su honor y por ser gay como él, que yo no escondería mis sentimientos y deseos bajo papel de periódico.